

de comercio, negociaciones, invitados a un aseo cuidadoso y pintura de muebles y muros se entregan a ese trabajo perfeccionándolo con destrucción de ratas, moscas y toda clase de parásitos.

Los beneficios de esta semana promocional de salud han venido confirmando con la progresión decreciente de la morbilidad y la mortalidad en el Illinois. La disminución de la mortalidad por debajo del 11 por mil significa que 10,000 o más individuos (la mayor parte niños de primera edad) han escapado a las causas de muerte por enfermedad en el conjunto poblacional del Estado.

Tan hermoso balance no puede menos de estimular al Departamento de Salubridad de México en sus desig-

nios para organizar en la República, siquiera en poblaciones importantes, una semana parecida. Desde hace algún tiempo la superioridad del Departamento plantea los medios conducentes a que se celebre a fines del próximo setiembre. Sin embargo, la realización no depende sólo del Departamento de Salubridad, sino también de los Municipios y autoridades de quienes se espera un patriótico apoyo. Faltará que el público se muestre favorable. Solamente con su concurso activo es realizable en México una *semana promocional de Higiene* conforme al programa que ha formulado el señor Secretario Encargado del Departamento.

S. QUEVEDO Y ZUBIETA

(*Excelsior*, México D. F.)

Glosas

CHATEAUBRIAND

CUANDO Pablo y Virginia amanecieron a la gloria, Francisco Augusto de Chateaubriand tenía veinte años. Poco tiempo después, con el libro de Bernardin de Saint-Pierre debajo del brazo, dábale el noble joven al mar. Un ambicioso designio le empujaba: descubrir el paso al noroeste de América, entre el estrecho de Behring y la bahía de Hudson. Llegado a Baltimore, visitó Nueva York y Boston, remontó el Hudson hasta Albany, contempló las cataratas del Niágara, cazó el búfalo con los indios, recorrió los lagos del Canadá y, por fin, aunque llegado tan al norte, renunció a su proyecto, volviéndose a vivir entre las tribus indias, que le habían tratado muy bien; pudo así intimar con los Nachez, con los Muscogulgos y con los Hurones antes de regresar a Francia, donde le llamaba la política.

Obra de política, a la vez que incendio de romanticismo literario, era la que meditaba cuando al regreso de sus años de viaje este hermano de generación de Wilhelm Meister, que—a la manera de su modelo y de su protomodelo en la Biblia—había salido a buscar tierras misteriosas y volvía con el *Genio del Cristianismo*. Anticipo del libro grande, uno de sus episodios pudo ver la luz el mismo año en que el siglo nacía: tal fué *Atala*, llamado también *Los amores de los salvajes en el desierto*; gran hazaña en la corriente del exotismo canonizado.

El trópico y los negros habían captado la moda espiritual francesa con *Pablo y Virginia*. Con *Atala* entraron los indios y la selva virgen. ¡Gran conquista para exaltación de la sensi-

bilidad! El hechizo de Chateaubriand no era como el de Bernardin de Saint-Pierre, íntimo, tierno y secretamente voluptuoso. Era tempestuoso, heroico, elocuente. Esta prosa no se columpiaba ya, como una palmera en el miraje de una isla; se precipitaba como una catarata sonora desde altura ingente; cantaba una música grandiosa que arrebatava a las almas en vez de moverlas en la ternura. Las arrastraba, las tronchaba en el mismo intenso goce del cuerpo del nadador que adelanta luchando con la bravura de las olas... Dos enfermedades sublimes y paralelas conoció la niñez del siglo XIX: el *Werther* y *Atala*. *Atala* es el *Werther* traducido a la vida salvaje.

El mito de Rousseau da un gran paso con todo esto. Lo «primitivo» no sólo parece preferible a la civilización;

Déjame así

Al fin despierta mi alma estremecida a un grito del amor que han traicionado, y halla tan sólo escombros de un pasado, de lo que fué el santuario de mi vida.

Desmaya el alma de dolor transida, pero retiene el dardo en el costado, porque en memoria de ese amor sagrado quiere llevar el dardo entre la herida.

Déjalo así; prosigue tu camino y apura los placeres que tu sino te brinda con la máscara de Amor. No insultes con tu lástima mi duelo que te desprecia y sólo halla consuelo en la misma crueldad de mi dolor.

DE LA TOUR

parece más sublime. Prenda de beatitud, a la vez que título de dignidad.

«LA CABAÑA DEL TIO TOM».

NADA de remilgos. Estamos estudiando aventuras de la sensibilidad general, no atribuciones de categoría literaria. Las obras de Blumenbach no ocupan en nuestra biblioteca el mismo estante que el *Robinson*. ¿Qué nos importa que *La cabaña del tío Tom* ande tan lejos de *Atala* en jerarquía estética? Son ahora para nosotros dos efemérides en la historia del exotismo canonizado.

Cinuenta años las separan. «La cabaña» nació, como es sabido, de la fuerte agitación antiesclavista que se propagó en los Estados Unidos a mediados del XIX. Uno de los periódicos abolicionistas que por este tiempo veía la luz en Washington, llevaba el título de *National Era*; en su folletín aparecía una larga novela, debida a la directora de un pensionado de muchachas situado en Hardford. Se llamaba esta escritora Harriet Beecher-Stowe; era ya cuádragenaria. El volumen de su novela se editó en Boston en 1852. Dos años más tarde estaba ya traducida a todas las lenguas de Europa.

Parece ser que en las primeras ediciones el efecto de la narración quedaba un poco debilitado por la prolijidad de los discursos y disertaciones de propaganda evangélica que su autora había juzgado deber incluir. Ediciones posteriores, y especialmente las versiones a lenguas latinas, aliviaron aquel aparato sermoneo. Más lo aliviaban todavía, como es natural, las adaptaciones dramáticas que aseguraron a la invención largo favor entre el público ingenuo de los teatros populares. *La cabaña del Tío Tom*, melodrama, todavía se representa alguna vez en los pueblos y todavía arranca lágrimas, tantos años después de desproblemático el asunto político que diera un día a la novela de la Beecher-Stowe palpación de actualidad.

Novela o drama, en seguida significó una gran conquista del romanticismo. Aquí ya el hombre de color no tiene que asociarse para ganar nuestro interés a un grupo de protagonistas blancos; no tiene por qué escudarse tras de Robinson o de Pablo y Virginia. Es él quien pasa a primer plano, y un vindicativo juicio de valor le convierte precisamente en el héroe puro, vivo contraste con la inferioridad moral, con la ruindad vanidosa de muchos blancos. La simplicidad del negro, su fidelidad, la conformidad profunda de su tristeza con la enseñanza del Cristo, conviértanse en otros tantos temas de lección para el lector amigo de los